

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

RESEÑAS

Abraham F. Lowenthal, **Partners in Conflict. The United States and Latin América**, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 197, 240 p.

Desde su aparición en 1987, *Partners in Conflict. The United States and Latin America*, fue una buena noticia para quienes dedican su quehacer académico o profesional al estudio de Estados Unidos y Latinoamérica y, sobre todo, a las relaciones entre uno y otra, principales protagonistas del acontecer hemisférico (tan buena recepción tuvo que la Editorial Nueva Imagen de México ya ha publicado una traducción).

Los temas que el escrito aborda no resultan, en modo alguno, inéditos; todos ellos, como puede constatarse en un somero vistazo a la bibliografía generada en torno suyo, han sido objeto de numerosas investigaciones. Sin embargo, el mérito de Abraham F. Lowenthal es analizarlos de manera tal que, en amalgama de buena voluntad, reflexión profunda y sentido práctico, constituyen el eje de una propuesta no sólo novedosa, sino también necesaria (¿y es posible?) para que la parte norteamericana redefina sus intereses de seguridad nacional y con ello su comportamiento (a veces tan errático) frente a sus vecinos sureños.

Una descripción detallada del contenido de la obra, creemos, ayudará a explicar mejor y con más amplitud lo señalado. Según el primer capítulo, ninguna propuesta para manejar la problemática interamericana debe pasar por alto las silenciosas cuan profundas transformaciones que América Latina ha experimentado en el transcurso de los años posteriores al término de la segunda guerra mundial. La región ha visto crecer sus tendencias urbanizantes e industrializadoras en detrimento de la antaño indiscutible preeminencia del agro; ha logrado, en varios casos, superar la precariedad dictada por las economías primario-exportadoras; se ha librado, así sea temporalmente, del arcaísmo político cuya representación extrema eran las dictaduras unipersonales, y ha sido capaz de obtener crecientes márgenes de acción *vis a vis* la potencia hegemónica del hemisferio.

Estas tendencias se complementan, de acuerdo con el capítulo dos, con un hecho que, aunque polémico a primera vista, Lowenthal documenta con amplitud: la progresiva declinación hegemónica de Estados Unidos sobre América Latina, en marcha por lo menos desde los años sesenta. Íntimamente relacionado con la creciente disolución de la bipolaridad Este-Oeste y el surgi-

miento de nuevas potencias y actores que, aunque no llegan a disputar sitios de primerísimo orden, sí poseen una gravitación considerable en la arena internacional, el deterioro del dominio norteamericano encuentra un claro punto de inflexión en el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y su afianzamiento durante los años posteriores.

A partir de entonces se han abierto las puertas para que sobrevengan acontecimientos que van desde el triunfo del gobierno socialista de Salvador Allende en los comicios chilenos de 1970, hasta el surgimiento de los grupos de Contadora (1983) y Apoyo (1985), pasando por el liderazgo venezolano en la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo a principios de los setenta, la Revolución sandinista de 1979 y la Guerra de las Malvinas iniciada en abril de 1982, cuando el gobierno militar argentino ignoró las recomendaciones de la Cancillería norteamericana en el sentido de no invadir el archipiélago austral y propiciar un diálogo con la Gran Bretaña. Todo esto se agregaría, pese a que el autor no lo explicita, a la erosión del sistema interamericano surgido en las postrimerías del siglo XIX como expresión institucional de la primacía norteamericana a nivel continental y que había funcionado, sobre todo a partir de la fundación de la OEA en 1948, EN BENEFICIO casi exclusivo del socio más fuerte.

Frente a estos desafíos, los diplomáticos y estrategas estadounidenses han respondido de muy diversas formas: Kennedy lo hizo mediante la consagración, en la Alianza para el Progreso, del crecimiento económico, el reformismo político y la contrainsurgencia militar como antídotos de la revolución social; las administraciones de Johnson, Nixon y Ford hicieron gala, en el mejor de los casos, de indiferencia; Carter mostró cierta disposición al diálogo en seguimiento de las directrices de los informes Linowitz, y Reagan, en sus ocho años de gobierno mantuvo una intensa escalada militar, diplomática y propagandística en Centroamérica y el Caribe, que terminó generando nuevas desavenencias con el conjunto de América Latina. Lo menos que puede desprenderse de estas consideraciones del autor es que la respuesta estadounidense ante el reto histórico que representa su pérdida de influencia en la región latino-

americana ha sido pendular, difusa e incoherente.

En este punto cabe hacer un paréntesis para recordar que el planteamiento de Lowenthal, basado en el paradigma del descenso hegemónico, se encuentra tanto en buena parte de su obra dispersa en revistas especializadas como en libros de anterior aparición al aquí comentado. Su contribución a *Eagle Defiant*, compilado por Kenneth A. Oye y publicado por Little & Brown en 1985, es una buena muestra de ello.

Para encarar con éxito esa declinación, en el capítulo tres se propone que Estados Unidos adopte, por fin, algo de lo que durante largo tiempo ha carecido: una política global para el Tercer Mundo con fuerte inclinación a América Latina; una política que haga de la cooperación y no de la dominación su sello distintivo. En este sentido, la redefinición del concepto de seguridad nacional sería un requisito indispensable para el diseño de la nueva estrategia. Modificando su tradicional perspectiva geopolítica, la "seguridad nacional" estadounidense, dice el autor, debería convertirse en un concepto más amplio y flexible, a tal grado que lograrse comprender la esfera económica, los movimientos migratorios, los problemas sociales como el narcotráfico, y la posible repercusión que los conflictos en Latinoamérica tendrían para la preservación de los valores fundamentales de la sociedad norteamericana.

Tres serían, en consecuencia, las áreas geográficas prioritarias en la perspectiva de este enfoque: México, Brasil y la Cuenca del Caribe. En todos los casos -y esto viene a ser la esencia de la propuesta- es menester que el país del norte participe positivamente en la resolución de los problemas económicos que afligen a sus socios del sur. En otras palabras, "los Estados Unidos deberían preocuparse mucho más por el comercio, las finanzas y las migraciones que por los MIG's y las guerrillas".

Los casos de México y Brasil se estudian por separado en los capítulos cuatro y cinco de la obra. Ante una severa crisis económica, política y social, reflejada sobre todo en los enormes montos de sus respectivas deudas externas, esos dos países, a los que el texto reconoce como los más importantes a nivel latinoamericano, se encuentran situados frente a un notable dilema en la perspectiva de su futuro inmediato. Las opciones son, por un lado, la apertura económica de cara al exterior, y por otro, el ejercicio del nacionalismo; cada una de estas alternativas podría seguirse con matices radicales o moderados.

La vía nacionalista moderada es la que el autor consideraba en 1987 más propia en la mira de zanjar los ingentes problemas de México y Brasil. Para ello -añade luego de describir con brevedad las nutridas agendas de las respectivas relaciones de ambos países con Estados Unidos- será muy importante contar con la cooperación y la comprensión norteamericanas, sobre todo en el campo financiero y comercial, sin que esto llegue al extremo de la sobreprotección.

La otra prioridad para la política exterior estadounidense estaría en la llamada Cuenca del Caribe que, de acuerdo con lo que estipula el capítulo seis, está integrada por las islas del Caribe y por los países del istmo centroamericano. Ambas subregiones, a las que Estados Unidos considera desde hace bastante tiempo su "patio trasero", han sido escenario de varios tropiezos y desatinos de la gran potencia, obsesionada por esa vecindad y sus riesgos. Con el sustento de una perspectiva geopolítica que las grandes mutaciones de las doctrinas, tácticas y estrategias de guerra tornan anacrónica, la concepción norteamericana de "seguridad nacional" no logra sino reflejar, a fin de cuentas, la inseguridad nacional. En consecuencia, la política óptima sería "un firme compromiso estadounidense con el desarrollo económico y social de las naciones de la Cuenca del Caribe, sin que esto implique una intención concommitante de ejercer un rígido control de sus asuntos internos" (p.165); también el apoyo a los procesos pacificadores en la zona resultaría de la mayor importancia.

"De la inseguridad a la confianza" es el título del apartado final de *Partners in Conflict. The United States and Latin America*. Allí se define con precisión la política hemisférica que se promueve a lo largo de todo el escrito y que consiste en: a) Colaborar para que América Latina logre preservar sus frágiles sistemas democráticos amenazados por la pesada carga de la deuda externa; y b) facilitar las condiciones para la reactivación económica regional. En este último plano, Lowenthal juega la apuesta en favor de una ampliación de la iniciativa presentada en 1985 por el entonces secretario del Tesoro, James Baker, para aliviar la deuda externa del Tercer Mundo.

Visiblemente influido por las propuestas del senador Bill Bradley y otras presentadas por las naciones en desarrollo dentro de los diversos foros internacionales durante el primer lustro de los ochenta, el libro considera que es necesario aumentar los créditos provenientes de organismos multilaterales; reanudar los flujos financieros de la banca privada internacional; aceptar la responsabilidad que a ésta le cabe en la crisis de la deuda; disminuir las tasas de interés, y abatir las trabas proteccionistas que impiden el acceso pleno de los productos latinoamericanos al mercado estadounidense.

Frente a la fe que Lowenthal manifiesta en relación con las medidas anteriores, y después de varios años de planes y contraplanes para cortar el nudo gordiano de la deuda externa de América Latina, se antoja necesario revisar cuál es el destino que han tenido el Plan Baker y sucedáneos. Según el informe presentado en la primavera de 1989 en el marco de la Reunión Conjunta del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional celebrada en Washington, las 17 naciones a las que se proponía auxiliar la iniciativa de Baker (12 de América Latina y cinco de otras regiones), estarían pagando por concepto de intereses y amortizaciones - si las tasas de

interés se mantienen en su actual porcentaje— un total de 235 mil millones de dólares en el bienio 1990-1991. Compárese esa cifra con los aproximadamente 24 mil millones en dinero fresco que el Plan Baker originalmente pensaba otorgar a las naciones en desarrollo, y no podrá sino aceptarse que el problema de la transferencia de recursos en la dirección periferia-centro, fenómeno que se da como consecuencia de la deuda externa, tiende a agravarse notoriamente.

Por su parte el Plan Brady, anunciado por el sucesor de Baker en marzo de 1989, apuntaba —pero sólo eso— al principio del arreglo, en la medida que consideraba necesaria una reducción de 20 por ciento en el monto del total endeudado y no se limitaba únicamente a demandar la iatrogenia de los nuevos préstamos. Sin embargo, esta propuesta, aún cuando sirvió para reestructurar las deudas de México, Costa Rica y Venezuela, resultaría a la postre insuficiente. Las principales causas de ello fueron, por un lado, el hecho de que los capitales bancarios privados no actuaron conforme a los deseos del secretario del Tesoro y, por otro, que los países de América Latina no emprendieron (ni han emprendido, en su mayoría) reformas radicales para superar los esquemas de desarrollo que en el pasado obligaron a la recurrencia al crédito externo; el problema de fondo seguirá vigente.

Estas reflexiones críticas en torno a la posición optimista que el libro muestra frente a los proyectos de Baker y Bradley no quieren ser pretexto para nublar los muy evidentes méritos de la obra. En efecto, Lowenthal no sólo cuida el fondo —pues la sustentación de sus argumentos siempre está avalada por una profusa documentación— sino también la forma. Así, *Partners in Conflict. The United States and Latin America* constituye un tomo de fácil lectura, en donde la profundidad académica no se riñe con la sencillez expositiva.

Además, por doquier se encuentran ejemplos que seguramente buscan colocar al lector norteamericano en una perspectiva pertinente para comprender mejor la realidad de otras naciones. Por ejemplo, al explicar la dimensión de las islas del Caribe, Lowenthal nos hace saber que "la superficie de Granada no es mucho mayor que el Distrito de Columbia... y toda su población podría caber en el Rose Bowl. Trinidad es el tamaño de Rhode Island. Jamaica es del tamaño de Connecticut" (p. 140); y al comparar la economía de México con la de Estados Unidos, aporta datos que sirven para dar una idea bastante aproximada de la disparidad entre ambas: "... la totalidad del producto nacional de México equivale aproximadamente a aquel que se genera en un radio de sesenta millas alrededor del centro de Los Angeles" (p.76).

Otra cuestión a destacar es que las ideas expresadas en *Partners in Conflict* no se dan aisladas, sino insertas en un amplio debate estadounidense acerca del presente y futuro de su vecina región. De hecho, en épocas recientes, y a medida que los problemas de América

Latina se complican y el fin de la guerra fría modifica los escenarios internacionales, el interés de la comunidad académica, política y empresarial de Estados Unidos en América Latina ha venido *in crescendo*, la cultura, la economía, la sociedad, las relaciones internacionales y la política latinoamericana son temas de numerosas tesis e investigaciones en universidades norteamericanas; a guisa de ejemplo, el número de afiliados a Latin American Studies Association (LASA) también tiende a crecer.

Teniendo en cuenta la previsible diversidad de perspectivas para aproximarse a Latinoamérica, el libro de Abraham F. Lowenthal es suficientemente representativo de una corriente de pensamiento muy abierta a las necesidades y problemas de las naciones ubicadas al sur del Río Bravo. Representantes de esa corriente (no reivindicada en forma explícita como tal, pero en todo caso existente) serían también —ejemplifico sin la intención de agotar— académicos como Wayne Smith, Robert Pastor, Bruce Bagley, Robert Stark, Tom Farer, Peter Smith y Sol Linowitz, e instituciones como el Diálogo Interamericano, PACCA o NACLA.

Antes de dar por finalizada la presente nota, sería conveniente detectar hasta qué grado se han tomado en cuenta, durante los primeros años de la administración Bush, las recomendaciones de política exterior latinoamericana formuladas en la obra. En este periodo, el vicepresidente Dan Quayle manifestó una posición dura del gobierno estadounidense frente a posibles moratorias de los deudores latinoamericanos; en Panamá se precipitó una crisis política y diplomática que desembocó en la invasión de diciembre de 1989, cuyas repercusiones fueron importantes para las relaciones interamericanas; el presidente Bush inauguró el proyecto de TV-Martí, ha mantenido tensas relaciones con Cuba y ha redoblado su cruzada anticastrista, sobre todo después de su victoria (marzo de 1991) en la guerra del Golfo Pérsico; y los llamados "asuntos intermésticos", como el combate al narcotráfico, la supervisión internacional de las elecciones y la preocupación ecológica, han generado, en no pocas ocasiones, asperezas con los vecinos latinoamericanos.

Sin embargo, existen también rasgos positivos, el principal de los cuales es la explicitación de una política hemisférica coherente, por lo menos ante sí misma. Si bien la Iniciativa para las Américas del 27 de junio de 1990 no es el enfoque latinoamericano de Washington que más nos gustaría (a Lowenthal y a mí, por lo menos), y a pesar de sus enormes deficiencias y sus muy discutibles hipótesis de partida,¹ brinda a nuestros países una oportunidad para iniciar, sobre la base de

¹ Para un análisis detenido de las premisas ideológicas y las acciones de esta Iniciativa, véase nuestro trabajo "La Iniciativa Bush para las Américas. Mitos y realidades en el continente", en *Excelsior*, México, 8 y 9 de marzo de 1991, p. 4.

americana ha sido pendular, difusa e incoherente.

En este punto cabe hacer un paréntesis para recordar que el planteamiento de Lowenthal, basado en el paradigma del descenso hegemónico, se encuentra tanto en buena parte de su obra dispersa en revistas especializadas como en libros de anterior aparición al aquí comentado. Su contribución a *Eagle Defiant*, compilado por Kenneth A. Oye y publicado por Little & Brown en 1985, es una buena muestra de ello.

Para encarar con éxito esa declinación, en el capítulo tres se propone que Estados Unidos adopte, por fin, algo de lo que durante largo tiempo ha carecido: una política global para el Tercer Mundo con fuerte inclinación a América Latina; una política que haga de la cooperación y no de la dominación su sello distintivo. En este sentido, la redefinición del concepto de seguridad nacional sería un requisito indispensable para el diseño de la nueva estrategia. Modificando su tradicional perspectiva geopolítica, la "seguridad nacional" estadounidense, dice el autor, debería convertirse en un concepto más amplio y flexible, a tal grado que lograrse comprender la esfera económica, los movimientos migratorios, los problemas sociales como el narcotráfico, y la posible repercusión que los conflictos en Latinoamérica tendrían para la preservación de los valores fundamentales de la sociedad norteamericana.

Tres serían, en consecuencia, las áreas geográficas prioritarias en la perspectiva de este enfoque: México, Brasil y la Cuenca del Caribe. En todos los casos -y esto viene a ser la esencia de la propuesta- es menester que el país del norte participe positivamente en la resolución de los problemas económicos que afligen a sus socios del sur. En otras palabras, "los Estados Unidos deberían preocuparse mucho más por el comercio, las finanzas y las migraciones que por los MIG's y las guerrillas".

Los casos de México y Brasil se estudian por separado en los capítulos cuatro y cinco de la obra. Ante una severa crisis económica, política y social, reflejada sobre todo en los enormes montos de sus respectivas deudas externas, esos dos países, a los que el texto reconoce como los más importantes a nivel latinoamericano, se encuentran situados frente a un notable dilema en la perspectiva de su futuro inmediato. Las opciones son, por un lado, la apertura económica de cara al exterior, y por otro, el ejercicio del nacionalismo; cada una de estas alternativas podría seguirse con matices radicales o moderados.

La vía nacionalista moderada es la que el autor consideraba en 1987 más propia en la mira de zanjar los ingentes problemas de México y Brasil. Para ello -añade luego de describir con brevedad las nutridas agendas de las respectivas relaciones de ambos países con Estados Unidos- será muy importante contar con la cooperación y la comprensión norteamericanas, sobre todo en el campo financiero y comercial, sin que esto llegue al extremo de la sobreprotección.

La otra prioridad para la política exterior estadounidense estaría en la llamada Cuenca del Caribe que, de acuerdo con lo que estipula el capítulo seis, está integrada por las islas del Caribe y por los países del istmo centroamericano. Ambas subregiones, a las que Estados Unidos considera desde hace bastante tiempo su "patio trasero", han sido escenario de varios tropiezos y desatinos de la gran potencia, obsesionada por esa vecindad y sus riesgos. Con el sustento de una perspectiva geopolítica que las grandes mutaciones de las doctrinas, tácticas y estrategias de guerra tornan anacrónica, la concepción norteamericana de "seguridad nacional" no logra sino reflejar, a fin de cuentas, la inseguridad nacional. En consecuencia, la política óptima sería "un firme compromiso estadounidense con el desarrollo económico y social de las naciones de la Cuenca del Caribe, sin que esto implique una intención concommitante de ejercer un rígido control de sus asuntos internos" (p.165); también el apoyo a los procesos pacificadores en la zona resultaría de la mayor importancia.

"De la inseguridad a la confianza" es el título del apartado final de *Partners in Conflict. The United States and Latin America*. Allí se define con precisión la política hemisférica que se promueve a lo largo de todo el escrito y que consiste en: a) Colaborar para que América Latina logre preservar sus frágiles sistemas democráticos amenazados por la pesada carga de la deuda externa; y b) facilitar las condiciones para la reactivación económica regional. En este último plano, Lowenthal juega la apuesta en favor de una ampliación de la iniciativa presentada en 1985 por el entonces secretario del Tesoro, James Baker, para aliviar la deuda externa del Tercer Mundo.

Visiblemente influido por las propuestas del senador Bill Bradley y otras presentadas por las naciones en desarrollo dentro de los diversos foros internacionales durante el primer lustro de los ochenta, el libro considera que es necesario aumentar los créditos provenientes de organismos multilaterales; reanudar los flujos financieros de la banca privada internacional; aceptar la responsabilidad que a ésta le cabe en la crisis de la deuda; disminuir las tasas de interés, y abatir las trabas proteccionistas que impiden el acceso pleno de los productos latinoamericanos al mercado estadounidense.

Frente a la fe que Lowenthal manifiesta en relación con las medidas anteriores, y después de varios años de planes y contraplanes para cortar el nudo gordiano de la deuda externa de América Latina, se antoja necesario revisar cuál es el destino que han tenido el Plan Baker y sucedáneos. Según el informe presentado en la primavera de 1989 en el marco de la Reunión Conjunta del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional celebrada en Washington, las 17 naciones a las que se proponía auxiliar la iniciativa de Baker (12 de América Latina y cinco de otras regiones), estarían pagando por concepto de intereses y amortizaciones — si las tasas de

interés se mantienen en su actual porcentaje— un total de 235 mil millones de dólares en el bienio 1990-1991. Compárese esa cifra con los aproximadamente 24 mil millones en dinero fresco que el Plan Baker originalmente pensaba otorgar a las naciones en desarrollo, y no podrá sino aceptarse que el problema de la transferencia de recursos en la dirección periferia-centro, fenómeno que se da como consecuencia de la deuda externa, tiende a agravarse notoriamente.

Por su parte el Plan Brady, anunciado por el sucesor de Baker en marzo de 1989, apuntaba —pero sólo eso— al principio del arreglo, en la medida que consideraba necesaria una reducción de 20 por ciento en el monto del total endeudado y no se limitaba únicamente a demandar la iatrogenia de los nuevos préstamos. Sin embargo, esta propuesta, aún cuando sirvió para reestructurar las deudas de México, Costa Rica y Venezuela, resultaría a la postre insuficiente. Las principales causas de ello fueron, por un lado, el hecho de que los capitales bancarios privados no actuaron conforme a los deseos del secretario del Tesoro y, por otro, que los países de América Latina no emprendieron (ni han emprendido, en su mayoría) reformas radicales para superar los esquemas de desarrollo que en el pasado obligaron a la recurrencia al crédito externo; el problema de fondo seguirá vigente.

Estas reflexiones críticas en torno a la posición optimista que el libro muestra frente a los proyectos de Baker y Bradley no quieren ser pretexto para nublar los muy evidentes méritos de la obra. En efecto, Lowenthal no sólo cuida el fondo —pues la sustentación de sus argumentos siempre está avalada por una profusa documentación— sino también la forma. Así, *Partners in Conflict. The United States and Latin America* constituye un tomo de fácil lectura, en donde la profundidad académica no se riñe con la sencillez expositiva.

Además, por doquier se encuentran ejemplos que seguramente buscan colocar al lector norteamericano en una perspectiva pertinente para comprender mejor la realidad de otras naciones. Por ejemplo, al explicar la dimensión de las islas del Caribe, Lowenthal nos hace saber que "la superficie de Granada no es mucho mayor que el Distrito de Columbia... y toda su población podría caber en el Rose Bowl. Trinidad es el tamaño de Rhode Island. Jamaica es del tamaño de Connecticut" (p. 140); y al comparar la economía de México con la de Estados Unidos, aporta datos que sirven para dar una idea bastante aproximada de la disparidades entre ambas: "... la totalidad del producto nacional de México equivale aproximadamente a aquel que se genera en un radio de sesenta millas alrededor del centro de Los Angeles" (p. 76).

Otra cuestión a destacar es que las ideas expresadas en *Partners in Conflict* no se dan aisladas, sino insertas en un amplio debate estadounidense acerca del presente y futuro de su vecina región. De hecho, en épocas recientes, y a medida que los problemas de América

Latina se complican y el fin de la guerra fría modifica los escenarios internacionales, el interés de la comunidad académica, política y empresarial de Estados Unidos en América Latina ha venido *in crescendo*, la cultura, la economía, la sociedad, las relaciones internacionales y la política latinoamericana son temas de numerosas tesis e investigaciones en universidades norteamericanas; a guisa de ejemplo, el número de afiliados a Latin American Studies Association (LASA) también tiende a crecer.

Teniendo en cuenta la previsible diversidad de perspectivas para aproximarse a Latinoamérica, el libro de Abraham F. Lowenthal es suficientemente representativo de una corriente de pensamiento muy abierta a las necesidades y problemas de las naciones ubicadas al sur del Río Bravo. Representantes de esa corriente (no reivindicada en forma explícita como tal, pero en todo caso existente) serían también —ejemplifico sin la intención de agotar— académicos como Wayne Smith, Robert Pastor, Bruce Bagley, Robert Stark, Tom Farer, Peter Smith y Sol Linowitz, e instituciones como el Diálogo Interamericano, PACCA o NACLA.

Antes de dar por finalizada la presente nota, sería conveniente detectar hasta qué grado se han tomado en cuenta, durante los primeros años de la administración Bush, las recomendaciones de política exterior latinoamericana formuladas en la obra. En este periodo, el vicepresidente Dan Quayle manifestó una posición dura del gobierno estadounidense frente a posibles moratorias de los deudores latinoamericanos; en Panamá se precipitó una crisis política y diplomática que desembocó en la invasión de diciembre de 1989, cuyas repercusiones fueron importantes para las relaciones interamericanas; el presidente Bush inauguró el proyecto de TV-Martí, ha mantenido tensas relaciones con Cuba y ha redoblado su cruzada anticastrista, sobre todo después de su victoria (marzo de 1991) en la guerra del Golfo Pérsico; y los llamados "asuntos intermésticos", como el combate al narcotráfico, la supervisión internacional de las elecciones y la preocupación ecológica, han generado, en no pocas ocasiones, asperezas con los vecinos latinoamericanos.

Sin embargo, existen también rasgos positivos, el principal de los cuales es la explicitación de una política hemisférica coherente, por lo menos ante sí misma. Si bien la Iniciativa para las Américas del 27 de junio de 1990 no es el enfoque latinoamericano de Washington que más nos gustaría (a Lowenthal y a mí, por lo menos), y a pesar de sus enormes deficiencias y sus muy discutibles hipótesis de partida,¹ brinda a nuestros países una oportunidad para iniciar, sobre la base de

¹ Para un análisis detenido de las premisas ideológicas y las acciones de esta iniciativa, véase nuestro trabajo "La Iniciativa Bush para las Américas. Mitos y realidades en el continente", en *Excelsior*, México, 8 y 9 de marzo de 1991, p. 4.

una propuesta más o menos concreta, un urgente proceso de negociación destinado a redefinir las relaciones interamericanas. Claro está que en este trance América Latina deberá, entre otras cosas, ser extraordinariamente cauta, negociar sólo lo negociable sin afectar su ya de

por sí endeble soberanía, y mantenerse al tanto de los desarrollos políticos y económicos y el debate de ideas en Estados Unidos. Para tal objeto, libros como el de Lowenthal resultan de indiscutible utilidad.

José Luis León M.